

paña al ejercicio de la veneracion; de la paz profunda de que impregna á la existencia entera, y de esa calma preciosa que favorece el cumplimiento armónico de nuestras funciones. Haciendo nacer en nosotros la falta de veneracion el hábito de la *incredulidad*, nos quita la poderosa palanca de las creencias; priva á la inteligencia de materiales preciosos, y es tan reprehensible como el exceso de veneracion, que disponiendonos á creer demasiado fácilmente, nos arrastra á graves errores y á deplorables divagaciones.

La ley fisiológica tiene necesidad de un desarrollo moderado de esta facultad, para seguir su curso regular y cumplir la verdadera mision de la humanidad.

MARAVILLOSIDAD.

Hemos visto ya desde dónde partia la veneracion y hasta dónde llegaba; pero no se limita á esto la emocion que experimenta el hombre en presencia de lo insuperable y de lo incomprendible. Por otra parte, entre este género de cosas, las hay mas ó menos extraordinarias, que contrarian mas ó menos nuestras opiniones, que afirman mas ó menos nuestros conocimientos positivos: la maravillosidad nos dispone á creer todo lo maravilloso.

Segun nuestro juicio, la generalidad de los frenologistas no han justificado la existencia de este sentimiento, y nada nos parece sin embargo mas fácil. Leamos la historia y veremos que casi todas las invenciones recientes, todos los descubrimientos nuevos, han escitado la incredulidad, la oposicion mas viva, y alguna vez la repression mas bárbara, cuando han producido resultados inesperados: testigos los hechiceros, los mágicos de todos los paises y de todos los tiempos; es decir, todos aquellos que han sacado partido de algunos conocimientos físicos, químicos, astronómicos, ó de otra clase, para dar pruebas de un poder extraordinario. La maravillosidad sirve para favorecer los progresos de esto; para hacer admirar las maravillas de la naturaleza, del arte y de la industria; secunda asimismo el trabajo del entendimiento humano, y contribuye al desarrollo de las facultades.

Pondremos un ejemplo para que se nos entienda mejor. Somos, mediante un desarrollo regular de este sentimiento, muy escépticos en punto á magnetismo, y no creemos en la traslucidez, ni en la prevision del porvenir; si bien no podemos negar que existen he-

chos magnéticos sorprendentes. Pues bien: la craneoscopia nos prueba que en aquellos en quienes el órgano de la maravillosidad está muy pronunciado, creen con la mayor facilidad en todas las maravillas del sonambulismo artificial, y los que no tienen muy desarrollado este sentimiento, rechazan completamente todos los hechos magnéticos con el mas profundo desden. Para los primeros hay un placer inesplicable en creer todo lo que parece increíble; en buscar esta especie de hechos; en repetirlos y en propagar su creencia. En estos sujetos es preciso que la observacion de los sentidos se calle, y que la razon se aniquile, pues experimentan un gozo muy vivo cuando confunden la una y la otra.

Resulta de aquí que el hombre, arrastrado por esta inclinacion incoercible, admite sin exámen todo lo que hay de mas absurdo, que no trata de discutir con las luces de su inteligencia lo que es realmente increíble, puesto que la inverosimilitud no es para él nunca un motivo de incredulidad; que es por consiguiente el juguete de los hábiles que quieren explotar su crédulo entusiasmo, porque nada inspira tanto entusiasmo como esta facultad. Así vemos que la especie humana ha sido por mucho tiempo explotada por los taumaturgos de todos los paises y de todas especies. Ya se han hecho estos mas raros, á virtud de la ilustracion; de suerte que podemos decir que ha pasado su voga, aunque todavía muchos pueblos menos civilizados creen en ellos, y son algunas veces victimas de su ciega credulidad.

Cuando encontramos en el mundo hombres así organizados les llamamos impostores. Pueden serlo; pero no lo son necesariamente, y haremos observar que así como se abusa de todas las facultades, el hombre puede abusar de esta en provecho suyo en ciertos casos, y ser al mismo tiempo charlatan y crédulo; pero el charlatan no emplea mas que los medios que la naturaleza ha puesto á su disposicion.

El fisiologista reconoce que hay exceso de maravillosidad, cuando sabe que la creencia en las cosas mas inverosímiles, ó mas imposibles, si nos es permitido decirlo así, se establece sin escrúpulo por parte de las facultades reflexivas, y condena este exceso, pues que conduce al error, y á todos los sueños del misticismo, á todas las divagaciones de los cultos mas extravagantes, y espone á todos los engaños del charlatanismo. Por todo esto daña á las otras facultades, y pide represion. ¿Cómo llegar á este fin?

Ejercitando al niño y escitando al hombre á someter sus creen-

cias á la fiscalizacion de las facultades perceptivas y reflexivas, fiscalizacion que consiste, no en negar siempre y necesariamente lo que es inverosímil, sino en rechazarlo en ciertos casos, y en otros á eslabonar los diversos grados de probabilidad. A la inteligencia, pues, corresponde no destruir la accion de un setimiento natural, sino arreglar su aplicacion. Por otra parte, el estudio de las ciencias positivas, fisico-matemáticas, es el correctivo mas eficaz de la predisposicion de que nos ocupamos; pero será preciso insistir principalmente en las descripciones minuciosas.

Hasta ahora nada hemos dicho de la falta de maravillosidad. Esta falta nos hace caer en otro error, impidiéndonos prestar fé á todo lo que sale del circulo habitual de nuestras creencias; circunscribe la esfera de nuestra vida, separando nuestra atencion de todo aquello que no es capaz de herir nuestros sentidos, ó la facultad lógica de nuestro espíritu; despoja nuestra imaginacion de esa poesia indefinida, que nos trasporta, y priva á nuestras afecciones de ese entusiasmo que enaltece los objetos. Así nos trasforma en hombres demasiado positivos, demasiado materiales, nos apoca, resfria y deseca nuestra existencia. Frente á frente del espectáculo de la naturaleza, esta organizacion defectuosa nos deja sin admiracion; en nuestras relaciones con nuestros semejantes, nos quita uno de los medios mas suguros de persuadir á los individuos y conmover las masas; y si tratamos de comprender la marcha de la humanidad, sus fluctuaciones, sus catástrofes, sus grandes faltas y sus grandes errores, se calla, no sabe que responder, nada comprende, porque nada tiene que simpatice con uno de los móviles mas poderosos de la actividad humana.

Repetimos que una organizacion de este género es defectuosa, y nuestro deber es corregir esta falta. Esto no podremos obtenerlo si no ponemos fuera de duda la importancia y la utilidad de la maravillosidad. Será preciso hacer comprender en seguida, con ejemplos, la estension de su imperio; despues poner al incrédulo en frente de las maravillas de la naturaleza; escitar en él las emociones más vivas, en nombre de las afecciones mas fuertes, produciendo así el pensamiento, que le eleve hasta la admiracion y el entusiasmo. Hay ejemplos de esta especie de conversiones hábilmente dirigidas por hombres que habian conocido por instinto lo fuerte y lo débil de la naturaleza del hombre, y estos son prodigios, que debe estar en nuestro poder renovar siempre.

IDEALIDAD.

Los frenologistas han disertado mucho sobre la accion primitiva de la idealidad: esta palabra, de feliz invencion, hubiera podido encaminarlos mejor que nunca lo habian estado. La idealidad es la facultad que, aplicándose á todo, busca siempre lo *ideal* de todo; es decir, el tipo artificial que reúne las cualidades mas notables del objeto. Es una facultad tan intelectual como moral; se ejerce sobre todos los sugetos de la actividad humana; pero mucho mas en las cosas de afeccion, de sentimiento ó espresion, que en las de descripcion exacta y de cálculo, y se la ve sin embargo introducirse para escitar el entusiasmo y la pasion, donde no imperaba mas que la sequedad y la aridez. No se la hallará en las ciencias matemáticas y descriptivas; pero brillará con todo su esplendor en las bellas artes; en la literatura y en las doctrinas religiosas. Si se trata de un objeto material, la idealidad le da no solamente las cualidades que nos hieren en el momento, sino todas aquellas que se le pueden unir de modo que se forme de él un tipo; y si este mismo objeto es susceptible de cualidades intelectuales y morales, la idealidad se apresura á acumulárselas. Cuando se ejerce sobre una afeccion, sobre un sentimiento, sobre una idea, hace el mismo oficio, y agrupa en derredor de su objeto un cortejo de cualidades, que le hacen realmente un tipo de idea, de sentimiento, de afeccion. A lo menos á este tiende; es decir, que ella nos ayuda á completar nuestras ideas de todas las cosas, supliendo la imperfeccion actual de nuestras impresiones, por la aplicacion de las impresiones pasadas: su papel mas brillante es reunir lo fisico á lo moral ó vice versa; no por la observacion y el raciocinio, sino por el sentimiento. Esto no es decir que no se engaña muchas veces, aplicando mal las impresiones pasadas á los casos actuales.

Veamos cómo esta facultad llega á pecar por exceso.

La pendiente es tan fácil, el paso de lo verdadero á lo falso tan insensible, la diferencia entre lo supuesto y lo real tan imperceptible en fin, que la idealidad es una de las causas mas frecuentes de nuestros errores. Pensemos que, encargada de suplir todo lo que hay de imperfecto en nuestra vista y en nuestra concepcion, une á una impresion otras mil. ¡Cuán fácil no es que se engañe en su curso tan rápido! Si no es muy activa; si no emplea mas que materia-

los seguros y bien ordenados; si no se eleva mas que sobre una masa de conocimientos positivos y rigurosos, sirve maravillosamente á nuestra inteligencia, y presta alas al ingenio; pero por poco desproporcionado que sea su desarrollo con el de las facultades reflexivas y perceptivas, y si por otra parte no se apoya mas que sobre una educacion incompleta y en conocimientos limitados, camina de error en error; nos mece entre ilusiones; nos engaña sobre el valor real de las cosas; nos espone por consecuencia á juicios falsos; nos conduce á ejecutar actos estravagantes, y nos hace pasar por locos. En una palabra, nos inhabilita para medir las realidades del mundo, y si el exceso de veneracion y de maravillosidad se unen al de la idealidad, tendremos el tipo de los iluminados, especie de gentes que sobrepujan los limites de la creencia, y se dejan dominar por las emociones exajeradas de su sensibilidad. Una tendencia de este género conduce á estas últimas consecuencias; conduce á no considerar el mundo real mas que como una apariencia, y á colocarle may por bajo del mundo de nuestras creencias; á despreciarle, y aun sacrificarle á la necesidad de este último, como se cambia una ilusion por una realidad. Para volver á la razon á estos seres estraviados en la inmensidad de la vida, es preciso traerlos al punto de partida, á la infancia del hombre, y demostrarles cómo el desarrollo de sas facultades le eleva poco á poco de lo material á lo moral, y cómo las últimas de estas facultades en el orden de su manifestación, no pueden dar por resultado la anulacion de las que les han precedido.

Pero no siempre se reunen las condiciones precedentes en aquellos en quienes predomina la idealidad. La educacion de este sentimiento se funda sobre los mismos principios que ya hemos desenvuelto. Asi que importa hacer comprender antes de todo á los indicados individuos la esfera de actividad fisiológica de esta facultad; y lo mejor será llamar en seguida su atencion sobre los sorprendentes resultados de los estudios positivos, y sobre el origen fisiológico de los principios mas abstractos, y de las leyes mas generales. Si logramos hacerles ver que la observacion mas rigurosa y los cálculos mas exactos dan lo que ellos apetecian, nuestra victoria será segura.

Acabamos de suponer la aplicacion de una idealidad exuberante á la filosofia y á las ciencias mas elevadas; pero las mas veces la vemos recaer sobre las afecciones y los sentimientos. Entonces es mas fácil convencer de error; pero mas difícil hacer volver al

buen sentido, porque en esto toman parte las necesidades mas imperiosas del organismo; aquellas cuyo hábito es arrastrar precipitadamente, y arrancar, por decirlo así, á viva fuerza el consentimiento del yo. Asi probaremos bien á un poeta, ó á un artista, que su imaginacion le domina y le engaña sobre la realidad; reconocerá con nosotros su error; pero un instante despues se entregará al dominio de su idealidad, solicitado por la necesidad de emociones. Solo una educacion completa y fisiológica puede luchar ventajosamente contra tales aberraciones.

No es inútil advertir que la economia animal sufre mucho con este vicio de organizacion; que el sistema nervioso se hace en extremo irritable; que por consecuencia de esto las funciones orgánicas se turban bajo la influencia de la menor impresion; que las enfermedades nerviosas y las del corazon, son el dote de esta especie de constituciones. Por último, sabemos todos que en general las organizaciones poéticas y artisticas, á las cuales aludimos nosotros, se entregan, despreciando todas las reglas, por horror á todo freno, á toda especie de excesos, y abren así ancha puerta á todos los males.

Ocupémonos ahora del defecto contrario.

No faltan en la sociedad los originales. Se ven personas que no miran en cada cosa mas que la parte que les hiere; que conciben difícilmente, ó no pueden concebir nada mejor ó peor que lo que tienen á la vista; que recibiendo impresiones no saben trabajar sobre ellas, modificarlas, multiplicarlas, asociarlas, combinarlas, é ir de lo que son á lo que pueden ser, á lo que será mejor; que son incapaces de formar un tipo de ninguna especie, y que están absorbidos por la actualidad. Es desagradable para el hombre no poderse desprender de las primeras necesidades de la vida, y de todo lo que obra incesantemente sobre su organismo; para él no hay el deseo del progreso y del mejoramiento; nada de entusiasmo por los sentimientos bellos, por las ideas grandes; nada de atraccion hácia el mundo del pensamiento, y en muchas ocasiones el egoismo se presenta al descubierto. El hombre puede sin embargo permanecer en los límites del deber y no faltar al honor: la esperiencia lo prueba; pero enseña tambien, por una porcion de observaciones reunidas, que los malhechores y los criminales mas perversos é incorregibles, están poco provistos de idealidad.

Es preciso tratar de desarrollar esta facultad por los medios que la fisiologia indica. Es necesario unirle á las afecciones, mostrando en esto algo superior á la satisfaccion material de una necesidad, y

trazando el cuadro de los prodigios por las pasiones nobles de lo bello, del bien y de lo grande. He aquí los móviles que actúan poderosamente sobre el hombre, que electrizan las masas, y que llevan á cabo las revoluciones necesarias. El hombre no sabría permanecer extraño á lo que la vida trae de mas encantador, de mas sublime, y veremos moverse su corazon ante el cuadro animado del imperio de la idealidad.

Cuando este sentimiento está armónicamente combinado con el de la *esperanza*, de la *veneracion* y de la *maravillosidad*, en una organizacion completa, el hombre goza en el mas alto grado de su actividad, y de la mayor suma posible de felicidad. La ley fisiológica está satisfecha.

Acabamos de recorrer todas las *necesidades*, que hemos llamado *morales*; es decir, todos los *sentimientos* de los frenólogos, y se ha podido ver, como lo habíamos anunciado al principio, que tienen de comun con las *necesidades instintivas*, el determinar en nosotros emociones, y conducirnos á la accion espontáneamente, primitivamente, por sí solas, por su impulso ciego, é independientemente de la inteligencia, que siempre les es necesaria para ser bien dirigidas, porque ella sola es la que conoce lo que hay en la naturaleza que sea propio para satisfacer estas necesidades. Pasaremos ahora á ocuparnos de las facultades intelectuales.

ARTICULO III.

De las funciones intelectuales del cerebro.

Las últimas facultades morales de que acabamos de hablar, nos han colocado en camino de las que tenemos que ocuparnos ahora. Difícil es privar á la inteligencia de algunos de estos sentimientos, por ejemplo, la *maravillosidad* y la *idealidad*, porque no se puede negar que estas facultades nos ponen tambien en relacion con el mundo exterior, ó al menos con algunas de las faces de este mundo. Las facultades de que vamos á hablar nos hacen conocer las cualidades físicas de los cuerpos, y nos proveen de los medios necesarios para reproducirlos en ciertas circunstancias: estas son las facultades perceptivas, creadoras y de expresion; ó bien nos hacen

conocer los puntos de contacto y las comparaciones, remontándonos desde los efectos á las causas, á la concepcion de los principios y de la causa primera: estas son las facultades reflexivas. (1)

No entra en nuestro plan hacer la historia particular de cada una de las facultades intelectuales; reasumiremos su actividad, deteniéndonos en las dos últimas, la *comparacion* y la *causalidad*, para demostrar lo que es la razon para el fisiólogo, de dónde saca su autoridad y hasta dónde estiende su dominio.

Las facultades de la *figurabilidad*, de la *estension*, de la *pesan-*

(1) El método del célebre Pestalozzi, y las lecciones sobre objetos que, basadas en él, publicó el ilustrado inglés G. Mayo, favorecen notablemente el desarrollo de estas facultades. Este entendido pedagogo, en vista de la incesante actividad de las facultades perceptivas en la primera edad, cree que el primer paso que debe darse relativo á la educacion de los niños es enseñarles á observar con atencion los objetos que les rodean, y á describir despues con precision las impresiones que de los mismos reciben. Así se estimulan hasta los niños de menor capacidad y más tardos en comprender, dando mayor estension y claridad á las ideas que adquieren los más vivos, y á proporcion que se va ensanchando la esfera de observacion, y que se recorren las páginas de la historia, ó los campos de la ciencia, el ánimo, acostumbrado á investigaciones exactas, no se dará por satisfecho si las pruebas no son concluyentes tanto en la moral como en la ciencia.

Divide sus lecciones en cinco series, aumentando las dificultades en cada una segun van adelantando los discípulos.

La primera serie está formada por un conjunto de objetos diferentes, presentando cada uno alguna cualidad distintiva.

En la segunda serie se ejercitan los niños en las cualidades ya observadas presentándoselas en otros objetos, y con esta repeticion, á mas de grabar en su ánimo los conocimientos adquiridos, tiene la ventaja de hacerles formar la idea abstracta de la cualidad.

En la tercera serie se ejercitan los niños en descubrir cualidades que no se perciben con solo el uso de los sentidos exteriores. Enseñándoles, por ejemplo, á un mismo tiempo lana y un pedazo de paño, y haciéndoles preguntas acerca de la diferencia entre uno y otro, para que se formen idea de lo *natural* y de lo *artificial*. Tambien se les hace distinguir lo extranjero y lo nacional, exótico é indígena, animal, vegetal, mineral etc.

El objeto principal de la cuarta serie es el de ejercitar á los niños en arreglar y clasificar los objetos; desenvolviendo de este modo nuestras principales facultades intelectuales, pues uno de los ejercicios más elevados de nuestra razon es la operacion complicada de reunir las cosas por medio de sus puntos de semejanza, distinguiéndolas al mismo tiempo por sus puntos de diferencia.

Por último, la quinta serie tiene por objeto servir como primeros ejercicios de composicion. Se debe presentar el objeto á los niños, haciendo que, como en las series anteriores, hagan sus observaciones sobre el mismo. Despues deberan hacerse preguntas para que den á conocer lo que sepan de su historia natural, y el maestro prosigue en seguida dándoles mayores detalles para aumentar sus conocimientos. Despues de haber vuelto á coordinar y repetir los materiales así obtenidos, deberá el maestro examinar á los niños y exigir de ellos una relacion por escrito. De este modo se estimulan los discípulos á poner atencion, se evidencia si han entendido bien las esplicaciones precedentes, y se les conduce á ordenar y expresar sus ideas con claridad y facilidad.